

superiores y que tenía como dueños. En realidad, el gobierno pertenecía á unas cuantas familias antiguas y ricas, que dominaban en la ciudad; era así, un gobierno esencialmente aristocrático.

La Institución que puede decirse con toda propiedad que los espartanos crearon, y que todos los demás griegos no hicieron mas que imitar, fué el ejército. Antes de ellos, los helenos y, con mayor razón los orientales, no iban juntos al combate, no había un cuerpo único, organizado de manera que pudiera ser manejado á su antojo por el jefe, sino que caudillos y peones marchaban desunidos contra el enemigo, sin obedecer más que á su capricho. Mas, los espartanos discurrieron dividir las masas de hombres en regimientos, batallones, compañías y secciones, con sus jefes respectivos, para ejecutar movimientos uniformes. Modificaron también el armamento reduciéndolo á sistema, y constituyeron el *hoplita* ó guerrero armado con sus armas defensivas y ofensivas: entre las primeras están la coraza, el casco, la espinillera y el escudo; entre las segundas, una corta espada y la lanza de algunos metros de larga.

El modo de combatir era el siguiente: al llegar junto al enemigo, forman en filas, ocho generalmente, cada cual muy junto á su vecino, constituyendo una masa compacta, llamada *falange*. Luego, se ponen en movimiento, con el escudo delante del cuerpo y la lanza en alto, formando una muralla impenetrable, contra la cual no pueden nada los carros y los esfuerzos aislados de los enemigos, mientras que ellos con su choque desbaratan las fuerzas del contrario. [1]. Mas, para efectuar estos movimientos uniformes se necesita agilidad y fuerza; y esta es la razón por que los griegos y, principalmente, los espartanos, dieron á la gimnasia y á los ejercicios corporales tanta importancia. El *gimnasio* fué desde entonces una Institución nacional para los griegos: lugar de recreo y escuela en que aprendieron sus pequeños ejércitos á vencer las colosales masas asiáticas, las innumerables muchedumbres del *gran rey*.

(1) Esto fué lo que pasó en las guerras contra los persas, conforme se verá en el Cap. IV.

CAPITULO IV.

Principales sucesos políticos de Grecia.

I.—Sucesos políticos del siglo XII al VI.

LOS primeros tiempos de Grecia se pierden en las fábulas de la época heroica. Del siglo XII al VIII (a. de J. C.) se verificaron aquellas violentas inmigraciones y emigraciones de pueblos, que dieron origen á los Estados helénicos en la península y en las islas. De todos estos Estados, *Esparta* brilló primero (siglo IX al VIII), como un gran cuerpo social y político, pujante por sus armas, mientras que *Atenas* se debatía en el seno de continuas revoluciones, tan fecundas más tarde. En dos encarnizadas guerras (743-768), después de la derrota definitiva de *Mesenia*, los espartanos dominan el *Peloponeso*. Este pequeño Estado, dirigido por un valeroso caudillo, *Aristómenes*, logró por mucho tiempo oponerse á la opresora dominación *lucedemonia*, combatiendo con éxito á sus orgullosos y fieros enemigos; pero, según tradición admitida por todos, el ateniense *Tirteo* inflamó con sus cantos belicosos el desmayado valor espartano, consiguiendo una victoria completa, en que sucumbió *Mesenia*, baluarte del *Peloponeso*.

En *Atenas* fué más lenta la evolución, y ningún suceso político exterior ni interior señaló este periodo primitivo de su historia, hasta que *Solón* (595) pudo elevarlo al primer puesto entre los Estados democráticos de Grecia. No obstante esto, las revoluciones continuaron despues de *Pisistrato* (561), cuando *Hiparco* é *Hippias*, (sus dos hijos), concentraron el Poder en sus manos. *Armodio* y *Aristógilon* logran libertar de estos dos tiranos la ciudad (510), y puede *Clistenes* restablecer la constitución democrática de *Solón*, ampliando el derecho de ciudadanía y concediéndolo á un gran número de extranjeros. De este modo preparó mejor porvenir á la ciudad, tan ilustre después en la guerra, en las artes y en las ciencias.

II.—Lucha de la Independencia de Grecia.

MIENTRAS que los helenos constituían sus Estados, los persas se extendían, como materia humana incontrastable, por el Occidente de Asia, el Norte de Africa y el Oriente de Europa. Toda el *Asia Menor*, la *Tracia* (Turquía europea) y las costas del mar *Negro*, donde se hallaban colonias griegas, habían caído en poder del gran rey. En el siglo VI, las ciudades griegas del *Asia Menor*, entre las cuales se encontraban algunas muy poderosas y ricas, como *Efeso*, *Es-mirna* y *Mileto*, se sublevaron contra *Darío*, y los atenienses les enviaron auxilios. El ejército helénico penetró hasta la ciudad de *Sardes* y la incendió.

El monarca persa se vengó destruyendo las ciudades griegas de Oriente, sin olvidar por eso las de Occidente. *Darío* reunió una enorme flota que destrozó una espantosa tormenta; entónces, con mejor acuerdo, envió otra por el mar *Egeo*, evitando las costas de *Tracia*, donde había sido despedazada la anterior. *Datis* y *Artafernes* desembarcaron felizmente el ejército en *Eubea* [Negroponto], y se trasladaron al *Alica*. Los atenienses solo contaban con diez mil *hoplitas*, juntamente con mil más que acababan de llegar de *Platea*. *Milciades*, principal estratega, se situó en *Maratón* y dispuso su pequeño ejército de tal modo, que no pudiera ser envuelto por los cien mil persas; la victoria, coronó sus excelentes disposiciones, siendo completamente derrotados los bárbaros (490). *Milciades* no tuvo más recompensa que la honra de ser representado en un pórtico, entre héroes y semidioses.

Diez años después, Jerjes (hijo de *Darío*), reunió los innumerables pueblos de su gran imperio: persas, asirios, indostánicos, etiopes, frigios, lidios, tracios, etc; *Herodoto*, digno historiador de esta gran lucha, los describe minuciosamente. Aquella turba de 1.700,000 hombres atravesó el *Helesponto* (Bósforo ó estrecho de los Dardanelos) el año de 481 por un puente de barcas. La flota seguía, entre tanto, la costa de *Tracia* á través de un canal abierto expresamente al efecto por orden del poderoso monarca. Todas las ciudades de Grecia

se atemorizaron y se decidieron á celebrar alianza con el rey persa; solo *Esparta* y *Atenas* con escaso número de aliados, se resolvieron á resistir, formando una liga defensiva cuya dirección se confirió á los Espartanos. El primer encuentro se verificó en el desfiladero de las *Termópilas*, que inmortalizó *Leónidas*, sucumbiendo gloriosamente por su patria [1]. En *Salamina*, la escuadra persa, aglomerada en un canal, fué enteramente destrozada por la escuadra griega (480). Quedaba un ejército persa de 300,000 hombres; pero los invencibles *hoplitas* lo derrotaron completamente en *Platea*, al mismo tiempo que la escuadra vencedora en *Salamina*, desembarcaba en el promontorio de *Micala*, [costa del *Asia Menor*], un ejército ateniense que despedazó enteramente á otro persa.

¿Cómo es que *Esparta* y *Atenas* lograron vencer al *Gran Rey*? Los mismos griegos lo ignoraron; «los dioses y semidioses,» decían, «no nosotros, son los que han vencido á los persas.» No obstante, ellos mismos comprendieron que en la inmensa multitud con que invadió Jerjes la *Grecia*, había, según la frase de *Herodoto*, «muchos hombres y pocos soldados.» Lo cierto es que iban mal armados, que estaban mal disciplinados y que marchaban difícilmente, estorbándose á sí propios, sin saber como procurarse víveres, á falta de organización y de una dirección inteligente. Mientras que los griegos, admirablemente armados, formando ejércitos pequeños, pero bien disciplinados y, sobre todo, con una dirección inteligente, tenían necesariamente que triunfar de una verdadera horda de bárbaros.

III.—Guerra del Peloponeso.

DESPUES de la expulsión de los persas, la guerra continuó en el Archipiélago y en las costas del *Asia Menor*, dirigida por los atenienses, cuya poderosa armada recorría el mar *Egeo*,

(1) El ejército de 7,000 hombres que mandaba el rey de Esparta, fué salvado por éste, cuando estaba á punto de ser destruido; pero él, con trescientos espartanos decidieron sacrificarse, causando el mayor daño al enemigo. Simónides, el gran poeta, dictó este epitafio para los héroes: «Pasajero! vé á Esparta, y dile que aquí yacemos por obedecer sus leyes.»

á las órdenes de Cimón, digno hijo de Milciades. Los espartanos, como montañeses, tuvieron que retirarse de la lucha. Por fin, acosado por la escuadra y la liga de las ciudades jónicas, Artajerjes [rey de Persia], se vió obligado á firmar el tratado de *Citium*. [449], en virtud del cual reconocía la independencia de las colonias griegas de Asia, y se consideraba como *mar de Grecia* el mar *Egeo*. Este es el período más brillante de la historia de Atenas; en el siglo V era la dueña del mar y las colonias. *Pericles* la había convertido en emporio de las artes y de las letras; pero era demasiada bonancible y brillante esta situación para que pudiese durar. Esparta armó contra de ella los principales pueblos del *Peloponeso*. La guerra duró cerca de treinta años [431-404].

Atenas comenzó por experimentar dos golpes: la horrible peste, que mató á sus principales ciudadanos, y la muerte de *Pericles*, que equivalió por sí sola á una derrota. [1]. Como los atenienses tenían mejor escuadra, triunfaban por mar; pero como los espartanos tenían mejor ejército, triunfaban en el Continente. *Alcibiades*, voluble y vanidosísimo ateniense, de brillante inteligencia, pero superficial y orgulloso, indujo á romper la paz de *Nicias*, atacando las colonias dóricas de *Sicilia*. *Siracusa* resistió, ayudada por los espartanos; y del ejército y flota de Atenas no se escapó ni un hombre. [413]. Desde entonces, á pesar de los triunfos aislados de *Alcibiades*, la estrella de Atenas, parece ocultarse para siempre. *Conón*, su más valiente general, se dejó sorprender por el espartano *Lisandro* en las costas de *Tracia*, perdiendo el ejército y la flota de Atenas. Esta, sin defensa, se entregó al vencedor, [404]. Desde entonces, los espartanos fueron dueños de Grecia.

Mientras que los griegos se desgarraban en intestinas contiendas, los persas continuaban debilitándose.

(1) Tucídides, historiador incomparable de la guerra del Peloponoso, describe con negros colores esta plaga. «Como ya no había casas disponibles», dice, «por la aglomeración de campesinos en la ciudad, se alojaban en agujeros privados de aire, donde morían por miles, permaneciendo en confusión espantosa los cadáveres. Veíanse desdichados que se arrastraban por las calles en torno de las fuentes, medio consumidos y devorados por la sed... La peste fué ocasión para que se declarasen en Atenas otros desórdenes. Cada cual se entregó con toda libertad á excesos que antes se ocultaban.»

Esta decadencia se mostró claramente en la expedición que lleva en la historia el nombre de «Retirada de los Diez mil». Fué el caso que *Ciro*, hermano de *Artajerjes Mnemón*, quería arrebatárle el trono; y para esto, contrató once mil guerreros griegos, y avanzó con ellos hasta el centro del Imperio. En *Cunaxa* se encontró el ejército enemigo, al cual derrotó, muriendo *Ciro* en medio de su triunfo. Los guerreros griegos se vieron entonces aislados en el centro de un país hostil, sin víveres ni recursos, y sin jefes. *Jenofonte*, que se hallaba entre los expedicionarios, los anima y los conduce hasta su patria, después de luchar contra todo género de obstáculos, y de vencer en cien combates á los persas que se les oponen. Poco después, *Agésilao*, rey de Esparta, penetró hasta el centro del Imperio; pero tuvo que volverse, para defender á los *lacedemonios* de la liga que formaron *Atenas*, *Tebas*, *Argos* y *Corinto* contra ellos. El triunfo que alcanzó en *Coronea* [394], mantuvo el imperio y dominio de los espartanos en la península.

Un nuevo Estado. (*Tebas*), apareció entonces para disputarle á *Esparta* su supremacía. Dos guerreros insignes, *Pelópidas* y *Epaminondas*, acabaron en una lucha tremenda [379 á 362], con el dominio y superioridad militar y política de los espartanos. *Pelópidas* se escapó de *Atenas*, libertó á *Tebas* y formó el batallón sagrado, con el cual mantuvo en respeto á *Esparta*; *Epaminondas* hizo más, derrotó en *Leutra* [371] á los temidos *lacedemonios*, penetró en el *Peloponoso* y amenazó á *Esparta*; el valor y las virtudes militares del anciano rey *Agésilao*, pudieron salvarla. La muerte del héroe tebanos en *Mantineia* [362], en que derrotó de nuevo á los espartanos, dió fin al poderío de *Tebas*. Otro Estado, la *Macedonia*, iba á entrar en esta contienda interminable entre las ciudades griegas.

IV.—Filipo y Alejandro.

Ⓐ *Macedonia* (hoy Rumelia) es una comarca situada al norte de Grecia; por ahí pasaron y, en gran parte, de ahí salieron las tribus que poblaron la península. Mas, sus habitantes permanecieron rudos y bárbaros, mientras que las ciudades he-

lénicas adquirían el esplendor y brillo de la más alta civilización. Que eran del mismo grupo étnico lo demuestran abundantemente su idioma, religión y costumbres. Durante las luchas anteriores, hasta el siglo IV, los macedonios habían tenido escasa participación en los sucesos políticos y militares de Grecia; pero á contar de mediados de ese siglo [359], *Filipo II*, educado por *Pelópidas*, se aprovechó de las incurables rivalidades de las repúblicas griegas, para dominarlas. Con este objeto creó la *Falange*, cuerpo compuesto de 16,000 hombres, dispuestos de tal manera que formaban una masa compacta de 1,000 de frente por 16 de fondo, armados con picas de seis metros de largo. Solo las seis primeras filas llevaban pica, mientras que las restantes servían para apoyar á las primeras. Luego que tuvo un ejército, el rey macedonio se apoderó de las colonias griegas que ocupaban las costas de su país. En seguida intentó apoderarse de Grecia.

El único adversario digno que encontró el hábil monarca, fué *Demóstenes*: el primer orador de la antigüedad, el incansable defensor de la Independencia de su patria. Era hijo de un armero, y desde niño quedó huérfano y pobre. Sus primeros ensayos en la tribuna no fueron felices; pero se ejercitó mucho, declamando trozos de prosa y verso, hasta que consiguió dar á su voz la amplitud y sonoridad necesarias. Una vez que *Filipo* dió á conocer claramente sus designios con la toma de *Olinta*, *Demóstenes* comenzó á atacarlo en la tribuna de *Atenas* con aquellas brillantes arengas, que con razón se miran como obras maestras de elocuencia. En ellas trata de reencender el amortiguado fuego del patriotismo en los degenerados hijos de *Milciades* y *Temístocles*. En las *Filípicas* se muestra aun más enérgico: «¿Cuándo haréis,» decía, «¿cuándo haréis, Oh atenienses, lo que el deber os manda? ¿Queréis pasar la vida en la plaza pública, preguntándoos: ¿Qué hay de nuevo? ¡Cómo! ¿Puede haber cosa más nueva que ver al macedonio vencedor de Atenas y dueño de Grecia? . . . No me habléis de ejércitos mercenarios; lo que se necesita es uno, poco numeroso, pero que pertenezca á la patria.» En la tercera *Filípica* se muestra más elocuente cuando dice: «En otro tiempo, cuando una ciudad abusaba de su fuerza para oprimir á las demás, toda Grecia se levantaba á fin de impedir tal injusticia, y

hoy sufrimos que un macedonio indigno, que un bárbaro de raza maldita, destruya nuestras ciudades y celebre los juegos píticos, ó los haga celebrar por sus esclavos! Dejamos que crezca su poder, sin hacer nada que le ponga freno; pues cada cual considera como tiempo ganado el que *Filipo* emplea en destruir á los demás, en vez de pensar en la salvación de *Grecia*, cuando todos saben que el desastre alcanzará aun á los más distantes.» En vano desplegaba *Demóstenes* las galas de una elocuencia viril y enérgica ante los degenerados atenienses; cuando se resolvieron á luchar, ya no era tiempo: ellos y los tebanos fueron completamente derrotados en *Queronea*. (378). El gran orador no desmintió sus palabras, y peleó como *hoplita* por la independencia y libertad de Grecia, en las filas del ejército ateniense.

Filipo, que deseaba ardientemente apoderarse del imperio persa, reunió, después de su victoria, una asamblea compuesta de representantes de las principales ciudades, para comunicarles sus proyectos de conquista; pero la realización de ellos estaba reservada á su hijo *Alejandro*. *Filipo* murió asesinado en *Pella*, (capital de Macedonia) en 336.

Alejandro es uno de los hombres más grandes que ha tenido el mundo, tanto por su carácter como por la influencia que sus conquistas y hazañas ejercieron en la civilización. Desde niño, amaba con delirio la gloria; cuando recibía noticias de alguna nueva victoria de *Filipo*, decía á sus amigos: «Mi padre lo hará todo; no dejará nada grande ni glorioso para hacer con vosotros.» Estudió política, moral y ciencias con *Aristóteles*, el más notable de los filósofos griegos (1). Lefía con pasión la *Iliada*, á la que llamaba «guía del arte militar,» y á cuyos héroes, (sobre todo al fuerte Aquiles) aspiraba á imitar.

Una vez dueño de Macedonia, por muerte de *Filipo*, *Alejandro* salió de *Pella*, con un ejército de 35,000 hombres; atravesó el *Helesponto* y penetró en *Asia Menor*, dando una gran batalla á orillas del *Gránico*, en la cual

(1) La carta que envió *Filipo* al estagirita, decía: «Doy gracias á los dioses, no tanto porque me hayan concedido un hijo, cuanto por haber permitido nazca en vuestro tiempo; espero que vuestros cuidados y luces lo hagan digno de mí y de este Imperio.»

derrotó completamente al ejército persa. (334). *Darío Codomano*, rey entonces del vasto Imperio, reunió un ejército de 500,000 combatientes, para detener el paso al atrevido macedón; en vano se le opuso en *Isso*, pues que, no solo el ejército, sino también el campamento, armas, bagajes y la familia misma de *Darío*, cayeron en poder del denodado griego. *Alejandro* se apoderó de *Siria* y de *Fenicia*, donde encontró resistencia solamente en *Tiro*, á la cual tomó después de un prolongado sitio, y se dirigió á *Egipto*, cuyos monumentos y antigua civilización admiraba. Pero *Darío* no podía resolverse á la pérdida de su imperio: junta de nuevo innumerables huestes y marcha al encuentro de *Alejandro*; éste, después de fundar en las bocas del *Nilo* á Alejandría, (que debía ser con el tiempo el emporio del comercio y de la ciencia), revuelve sobre el *Asia*, atraviesa el *Eufrates* y el *Tigris* y derrota completamente al enemigo en la llanura de *Arbelas* (1). *Babilonia*, *Susa* y *Persepolis*, fueron el precio de esta victoria. *Alejandro* perseguía á *Darío* á un lado del mar *Caspio*; pero un sátrapa lo asesinó, queriendo grangearse el afecto del griego: éste, reprobó el hecho y castigó al asesino. Aquel hombre insaciable arrastró á su ejército por regiones hoy mismo inexploradas; atravesó el *Turquestán*, el *Afganistán* y el *Beluquistán* y penetró en el *Indostán*. Diríase que se hallaba acometido por la fiebre de la exploración y la conquista; pasó varios años en países salvajes, fundó más de ochenta ciudades, no olvidando enviar á su preceptor *Aristóteles* los productos minerales, vegetales y animales que encontraba. Ya en la *India*, quiso bajar por el Océano y volver por el *Golfo pérsico* á *Babilonia*; pero sus guerreros se atemorizaron y no quisieron pasar más allá del *Ganges*. Entonces se vió

(1) A pesar de los 600,000 enemigos, Alejandro durmió profundamente en la víspera de la batalla. «Cómo es,» le decía al día siguiente uno de sus capitanes, «¿cómo es que duermes tan tranquilo, como si ya hubieras triunfado?—Qué! no te parece que triunfamos ya, pues que nos hemos librado de las fatigas de perseguir á Darío?» La batalla fué, sin embargo, encarnizada; Parmenión, uno de sus principales capitanes, le envió á decir que peligraban los bagajes, y le pedía auxilio para impedir que cayeran en poder del enemigo. Alejandro dijo al mensajero: «Dirás á Parmenión que no sabe raciocinar. Si salimos victoriosos, seremos dueños de todo; y si no, poco me importan prisioneros y bagajes, lo único que debemos pensar es en vender caras nuestras vidas y sucumbir con gloria.»

obligado á volver por tierra á la opulenta capital de *Siria* (*Babilonia*), donde murió á la edad de treinta y tres años (323). (1).

V.—Ultimos tiempos de Grecia.



El imperio de Alejandro duró lo que su fundador; sus generales lucharon unos contra otros durante 20 años, (323 á 303) para obtener ya que no todo él, cuando menos los girones de aquella vasta extensión de terreno que comprendía desde el Adriático hasta el *Indo* y desde *Egipto* hasta el *Cáucaso*. Grandes porciones de Asia fueron de nuevo pobladas por tribus nómades; pero el *Egipto*, *Siria* y *Macedonia* (que comprendía la Grecia), formaron reinos distintos que se apropiaron los generales de Alejandro: *Tolomeo*, *Seleuco* y *Lisímaco*. Luego se desmembraron más aún, y se constituyeron: el reino de *Epiro* en Europa, los de *Ponto*, *Bilinia*, *Galacia*, *Capadocia* y *Pérgamo*, en Asia Menor, y los de *Bactriana* y *Partia* en Persia. En cada uno de estos reinos, así el Soberano como los principales funcionarios de la corte y del ejército, eran griegos. Todos tenían particular orgullo en rodearse de sabios y artistas de su nación, que extendieron el espíritu y el saber de Grecia por todo el Oriente.

Entre tanto que el Oriente se helenizaba, el país tan fecundo en gérmenes de civilización, la Grecia, conti-

(1) El carácter de Alejandro está bien pintado en la anécdota siguiente. Un día que atravesaban una llanura estéril, encontró á unos macedonios que acarreaban agua en odres, y que, al verle sediento, llenaron del precioso líquido un casco y se lo ofrecieron; Alejandro quiso averiguar á quien llevaban el agua, con tanto sacrificio, y ellos respondieron: «A nuestros hijos, pero si perdemos éstos, tendremos otros mientras vos estéis con vida.» Entonces el caudillo aproximó el agua á sus labios, y luego la retiró. «No debo beber,» dijo, «perderían los demás el valor.» Entonces, ellos le ofrecieron ir á donde quisiese. El ejército se sentía orgulloso al verse conducido por un general como Alejandro.

Otra vez recibió de *Antipater*, regente de Grecia, una carta en que se quejaba vivamente de Olimpia, madre del caudillo, por su intervención en los asuntos de gobierno. Ale-

nuaba en lamentable decadencia. Del siglo IV al II [403 á 150 a. JC.], una guerra social, odiosa y sin cuartel, arruinaba á los helenos. Aunque unidos al carro de la conquista macedónica en tiempo de los sucesores de Alejandro, gozaban, tal vez para su desgracia, de cierta independencia. Ricos y pobres, oligarcas y demócratas, se disputaban el gobierno de las ciudades: los ricos querían que el Estado perteneciera á ellos (oligarquía, gobiernos de unos pocos); los pobres, que el gobierno se confiara á la asamblea del pueblo, (democracia, gobierno por el pueblo). «Así se formaron dos ligas que comprendían, dividiéndolas, todas las ciudades.» Desde el principio, Atenas sostenía á los demócratas y Esparta á los oligarcas. Pronto comprendieron los demócratas que el gobierno por medio de una asamblea no los hacía bastante fuertes para poder luchar contra sus enemigos y se resignaron á elegir un jefe, que llamaron *tirano* y que gobernaba de modo absoluto. [1].

La guerra entre los dos partidos era feroz, como sucede siempre entre vecinos. Algunos hechos bastarán para demostrarlo. «Cuando en Samos triunfaron los demócratas, mataron á 200 oligarcas y desterraron á 400, confiscándoles sus bienes. El ejército espartano se presenta con los ricos desterrados ante los muros de la ciudad; Samos se ve obligada á rendirse. y sufren los pobres la venganza del partido oligárquico.» «En Mileto ocurrió que los pobres dominaron, obligando á los ricos á huír de la ciudad; luego cogieron á los hijos y deudos de éstos, los reunieron en una granja, y los aplas-

jandro dijo entonces: «Antípater ignora que diez mil cartas como ésta se borran con una sola lágrima de madre.» En fin, fué siempre generoso con los vencidos; trató con benignidad suma á la familia de Darío, difundió la ciencia, el idioma y las artes de Grecia por todo el Oriente; y por esto, la posteridad le ha apellidado el Grande. Pero pagó su tributo á la debilidad humana: en los últimos años se volvió colérico y orgulloso. Muchos de sus generales perecieron víctima de sus arrebatos; se creía hijo de Júpiter, considerándose superior á los demás hombres; se entregó con furor á todos los excesos, y murió loco de vanidad, en medio de sus desórdenes.

(1) La anédocta de Damocles pinta al vivo la vida de un tirano. Habiendo dicho Damocles á Dionisio, tirano de Siracusa: «Eres el más feliz de los mortales.»—Voy á hacerte gustar la dicha de los tiranos, le contestó Dionisio. Al efec-

taron, matándolos cruelmente por medio de las pisadas de los bueyes. Más tarde, que triunfaron los ricos, cogieron á los hijos de los pobres, los untaron con pez y los quemaron vivos.» Así perecieron multitud de ciudadanos. Algunos se desterraban voluntariamente, ó eran desterrados por la fuerza; por lo mismo, cada año emigraba un gran número, y las ciudades de Grecia quedaban desiertas. De este modo, y por causa de la terrible lucha social se agotaron las fuerzas de aquella nación, floreciente en otro tiempo, «madre de las artes y las ciencias,» y que había sido el baluarte irrepugnante de la Europa contra el Oriente.

En tan críticas circunstancias aparecieron los romanos; el rey de Macedonia, (*Filipo*, en 197 y después *Perseo* 167), se opuso á los duros é incontrastables guerreros; pero fué vencido, sin que por esto los griegos procuraran unirse para defender su independencia y libertad amenazadas. El partido democrático se alió con el rey de Macedonia; esto bastó para que el oligárquico se uniera á los romanos. Los romanos se mostraron tan hábiles, como imprevisores y confiados los griegos. Después del triunfo de *Flaminio*, el astuto romano se presentó en los juegos ístmicos de Corinto y proclamó la «libertad de la Grecia.» quedando siempre bajo el protectorado de Roma. Poco después, al recobrar el partido democrático el poder que había perdido desde la derrota del rey de Macedonia, se alió con *Perseo*, sucesor de *Filipo*, confiscó los bienes de los ricos, dió armas á los esclavos y declaró la guerra á los romanos. Los aqueos, que representaban entonces en Grecia el mismo papel que habían desempeñado los atenienses en otro tiempo, fueron enteramente derrotados, pero formaron un nuevo ejército y marcharon de nuevo al encuentro del enemigo; fué una lucha espantosa: algunos se arrojaban á los abismos con sus mujeres é hijos, para no

to, le mandó servir una suntuosa comida, y ordenó que le tributasen los mismos honores que á su persona. Durante el banquete, Damocles tuvo ocasión de levantar la vista al techo y vió suspendida sobre su cabeza una espada, pendiente de una crin de caballo.» La comparación era gráfica: la vida del tirano estaba siempre pendiente de un hilo. Los ricos, sus enemigos espían el momento de asesinarlo, pues matar un tirano era un acto meritorio. Estos peligros le agriaban el carácter, volviéndole desconfiado y cruel. Desde entonces, el calificativo de *tirano* se convirtió en una injuria.

caer en manos de sus rudos conquistadores; otros, se presentaban por sí mismos como prisioneros. El general *Diceo* se encerró en su casa con su familia, y le prendió fuego. *Corinto*, centro de la resistencia, fué saqueada é incendiada; sobre sus ruinas humeantes, la Grecia fué declarada provincia romana, con el nombre de *Aca-ya* (142).

CAPITULO V.

Letras, Artes y Ciencias en Grecia.

I.—Las Letras.—Géneros literarios.

LOS griegos fueron los creadores de casi todos los géneros literarios que hoy conocemos: tragedia, comedia, oda, elegía, epopeya y fábula; pero la oratoria fué entre ellos el arte nacional por excelencia, el que tuvo mayor importancia en las agitaciones de su vida pública. Nos limitaremos á indicar el origen y los principales representantes de cada uno de esos géneros.

La tragedia nació en *Atenas*, en cuyos alrededores se celebraban, desde tiempos muy antiguos, fiestas y bailes en honra de *Dionisios* (Baco), dios de las vendimias, del vino y los placeres. El coro, compuesto de individuos que desempeñaban el papel de *sátiros*, compañeros del dios, bailaban en torno de su ara; mientras que el jefe, que representaba al mismo *Dionisios*, significaba las principales hazañas ó actos de esa divinidad. *Tespis*, por el siglo VI, tuvo la ocurrencia de levantar un tablado ó escenario, en que un actor representaba la vida de los demás dioses y de los héroes, enunciando sus hazañas, durante la suspensión de los cantos y bailes corales. Fué transportado á la ciudad, cerca del álamo negro del mercado, y de este sencillo espectáculo nació en el siguiente siglo la tragedia, con *Esquilo*, *Sófocles* y *Eurípides*.

La comedia tuvo el mismo origen. En efecto, uno de los bailes era serio y grave: el que dió nacimiento á la

tragedia; al paso que el otro era jocoso y alegre. Las personas que formaban el coro llevaban caretas y cantaban, mezclando sus cantos con bromas y burlas dirigidas á los espectadores. Con este coro se hizo lo mismo que con el otro: se inventó una acción, se idearon episodios, personajes y una fábula completa, con su exposición, nudo y desenlace. *Aristófanes*, *Menandro* y *Difilo* ilustraron este género.

El teatro ateniense, en que se representaban estas piezas dramáticas, era inmenso. Estaba edificado en una de las pendientes de la *Acrópolis* (ciudad alta), y tenía la forma de una media elipse, con una gradería interior, que podía contener hasta 30,000 espectadores. Frente á esta gradería se levantaba el escenario, espaciosísimo también, formando ángulo recto con el eje mayor de la elipse. El espectáculo duraba varios días, y se representaban *trilogias*, esto es, tres tragedias ó comedias de un mismo autor, y luego de otro. En seguida, como habia un Jurado (del mismo modo que en los juegos olímpicos), se decretaba el lauro al poeta vencedor.

La oda y la elegía son probablemente tan antiguas como las epopeyas de Homero (siglo XII al X). Los himnos que los griegos cantaban en honor de sus dioses, acompañándose con la lira, dieron origen á la oda (canto) y á toda la poesía lírica, á causa de este origen, aunque no estuviese destinada á cantarse. (1). *Museo*, *Orfeo* y *Lino*, á menudo se duda si son mitos; los himnos que se les atribuyen bien pueden ser de fecha posterior; pero ya en el siglo VII, y después, se perfeccionó mucho una poesía, que ilustraron los nombres de *Alceo*, *Tirteo*, *Simónides* y, sobre todos, *Píndaro*, el célebre cantor de los juegos olímpicos, cuyas odas, arrebatadoras y entusiastas, transportan aún por su estilo sublime á todos los que son capaces de sentir la emoción de la belleza. Es el modelo que imitaron los latinos y que hoy siguen los modernos.

Como se ha dicho, ningún género practicaron con más éxito que la *Oratoria*: puede decirse que los atenienses eran oradores, tanto por temperamento como por educación; en las agitaciones de su vida pública, la práctica de este arte les allanaba el camino del po-

(1) La elegía se derivó después de este género, formando un grupo de composiciones, cuando afectan un carácter melancólico, y lloran las desgracias personales ó públicas.

der. Durante la república, casi todos sus gobernantes, y hasta sus mismos generales, fueron oradores. Además, todos los ciudadanos de *Atenas* estaban obligados á tomar la palabra ante los tribunales, cuando trataban de acusar, ó defenderse de alguna acusación. Había también muchos sabios, filósofos y sofistas, que recorrían la Grecia pronunciando discursos sobre temas diversos, principalmente sobre la religión y las costumbres.

Al principio los oradores hablaban sencillamente, sin acción, sin entonaciones adecuadas: la elocuencia de *Pericles* era natural hasta rayar en monótona; pero después, tomaron modelo en los actores trágicos probablemente. (1). En este arte no tuvo rival *Demóstenes*, cuyas principales Oraciones (Olintianas, Filípicas, y el discurso sobre la corona), se conservan, y que con razón se consideran como obras maestras de la antigüedad; ellas son buena prueba de que los oradores griegos no descuidaban el fondo, como aseguran algunos, puesto que están tan bien dispuestas y arregladas en el orden de sus ideas ó argumentos como en su plan y ejecución. El nombre de este orador obscureció el de otros muchos, anteriores y posteriores al grande hombre; pero pueden citarse al lado de él, sus terribles rivales *Esquines* y *Foción*; *Cleón*, *Nicias*, *Antifón*, *Pericles*, *Iseo*, *Isócrates* y otros, hasta diez (los diez oradores áticos), pero conocidos más bien por referencias que por sus obras.

II.—Las Artes.



EN el siglo V, en tiempo de *Pericles*, *Atenas* era una ciudad llena de bellos monumentos. En la plaza pública había un pórtico adornado con pinturas (el *Pacilo*); eran notables también

(1) Se refiere de *Demóstenes* que habiendo oído á un actor, amigo suyo, quedó impresionado del modo de recitar un discurso, y del efecto que produce en el público el modo de decir. Lo cierto es que los griegos de la decadencia llevaron, tal vez demasiado lejos el arte de declamar. Se refiere también que su primer ensayo no fué feliz; y que entonces se propuso ejercitarse en el manejo de la voz y en la oportunidad de la acción. Desde entonces llegó á ser el primer orador de *Atenas*.

el *Teatro*, el *Odeón*, para los certámenes musicales, y, sobre todo, el *Partenón*, el templo más hermoso de *Atenas* y de *Grecia*. Coronaba la *Acrópolis*, y podía distinguirse á distancia en toda su belleza y armonía. Era todo de mármol blanco, con magestuosas columnas de orden dórico (1) que sostenían el *friso* esculpido, y un frontón triangular coronado con estatuas. A un lado del *Partenón* estaba la estatua colosal de *Palas Atenea* (diosa protectora de la ciudad), y en la pendiente de la *Acrópolis* la escalinata monumental que conducía á las *Propíleas*, que era como el vestíbulo del bello templo.

La arquitectura griega era sólida, sencilla y elegante; el *Partenón* se conservaba en pie, todavía en el siglo XVII, hasta que una explosión de pólvora lo dividió en dos partes. Todo está tan bien acabado, hasta en sus menores detalles, que sus columnas rotas, sus placas esculpidas, (metopos y triglifos), sus fragmentos de estatuas, transportan de admiración al viajero que los contempla. «Ninguna de aquellas columnas es cilíndrica, ninguna de aquellas innumerables líneas al parecer rectas lo es realmente.» Todo está hecho con precisión, exactitud y delicadeza.

La escultura en Grecia fué entre las artes bellas, como la oratoria respecto de las letras, un arte nacional, cuyas obras han servido de modelo por más de 2,000 años. *Fidias*, *Praxíteles* y *Lisipo* fueron los que más descollaron entre aquellas generaciones de artistas escultores, que durante cinco siglos (VI al I a. de JC.), cubrieron de bajo-relieves la fachada de los templos y sus *frisos*, y que poblaron de estatuas las ciudades de Grecia. El famoso friso de las *panaténicas*, que representaba la procesión de las jóvenes atenienses en la fiesta de *Palas Atenea*, era obra de *Fidias*; la estatua de la misma diosa, así como la de *Juno* (Hera) de *Argos*, del mismo autor, conocidas por referencias de los historiadores griegos, se cree que desaparecieron durante el saqueo de Grecia por los romanos (siglo II). Lo que quedaba, pereció en las invasiones de los bárbaros germanos y eslavos (siglo V de JC.), y la conquista de Grecia por los turcos (siglo XV). No se conserva, pues, ninguna de las obras de escultura, célebres en el arte helénico, sino copias como la *Venus de Milo*, ó bien, del período de

(1) Había tres clases ú órdenes: dórico, jónico y corintio, que se distinguían por la base y por el capitel.

decadencia, como el *Apolo* de *Belvédere*; pero estas pocas bastan para formar juicio exacto acerca de los caracteres de la escultura helénica. Domina en ella la gracia, la sencillez y la armonía; la armonía que era como una segunda naturaleza en aquel pueblo, de un gusto fino y delicado. Lo que buscaban los griegos era reproducir formas bellas, más bellas que las reales, conforme á un tipo ideal de perfección. Los escultores griegos, como los pintores italianos del Renacimiento eran idealistas. (1).

La pintura no podía haber sido descuidada en un pueblo tan artista como el griego; los pintores *Polignoto*, *Apolodoro*, *Xeusis*, *Parrasio* y *Apeles*, eran célebres en toda Grecia; pero sus obras se destruyeron como no podía menos de ser en medio de tantas revoluciones y trastornos de que fué víctima el país clásico de las bellas artes. Cuando los romanos conquistaron á *Corinto*, después de la batalla de *Pídna*, «véfase á los rudos guerreros recostados sobre los cuadros de los grandes pintores helénicos, jugando á los dados. (2).

III.—Filosofía y Ciencias.

DESDE el siglo VII hubo en Grecia hombres dedicados á estudiar la naturaleza y el espíritu; se les designaba con los nombres de sabios ó instruídos, tales como *Thales*, (de Mileto), *Bias*, (de Prie-

(1) Eran también admirables en la cerámica, ó sea, el arte de fabricar objetos de barro, tales como jarrones y grupos que representan niños, mujeres, ancianos, etc., con sus trajes, utensilios y fisonomías características. Se han descubierto estos por objetos miles, en *Beocia* y otras provincias de Grecia.

(2) Sobre los pintores se refieren varias anécdotas que han gozado de gran celebridad. Véase la siguiente: Apeles, pintor de la época de Alejandro, hizo varios retratos del conquistador, muy alabados por los competentes en la materia, sobre todo, el *Alejandro tonante*, que mereció del mismo rey esta apreciación: Hay dos Alejandros, pero uno de ellos, el hijo de Apeles, es inimitable. Mas, un día que el gran pintor reproducía con su maravilloso pincel el caballo de Alejandro; el caudillo le criticaba con cierto ardimiento la actitud y el parecido de *Bucéfalo*. En esto, el caballo mismo relinchó en presencia del retrato, lo que parecía denotar que había conocido su imagen. El pintor se valió de esto para echarle en cara su ignorancia en el arte, diciéndole: «¡Oh rey, páreceme que el caballo entiende más que tú en pintura!»

ne), *Kilón*, (de Macedonia), *Solón*, (de Atenas), etc. Estudiaban algunos hechos relativos á la física, la astronomía y ciencias naturales. Ya en el siglo VI figuraron matemáticos y médicos, como *Pitágoras* é *Hipócrates*. Poco después aparecieron en Atenas los *sofistas*, verdaderos escépticos que negaban toda verdad, suponiendo «que el hombre no sabe nada cierto, y que no es capaz de saber nada verdadero.» Eran, además, hábiles espositores que fascinaban con su elocuencia y arrastraban á la juventud en pos de sus doctrinas.

Este movimiento suscitó á *Sócrates*, que se considera con razón como «padre de la filosofía.» No era un *sabio*, sino un moralista, un psicólogo práctico, que aspiraba á volver mejores á los hombres, haciéndolos que comprendieran sus deberes. El nombre que adoptó fué el de *filósofo* (amante de la sabiduría). Su lema era «conócete á tí mismo.» y se limitaba á ir por la ciudad, hablando con los jóvenes más instruídos, y esforzándose en atraerlos por medio de preguntas hábilmente enlazadas á las enseñanzas y conclusiones que él deseaba.

Como siempre hablaba de moral, de religión y de virtud, se contrajo muchos enemigos, principalmente entre los corrompidos directores de la administración pública en Atenas, y entre los sofistas, entonces muy influyentes, á quienes hizo cruda guerra. Tan poderosos enemigos lo acusaron de «corruptor de la juventud» y de querer «cambiar la religión establecida, desprestigiando los dioses y el culto.» No se defendió (1); fué condenado: los últimos días los pasó en íntimas conversaciones filosóficas con sus discípulos, y tomó el tósigo [la cicuta] con la resignación y la grandeza de espíritu, propias del mártir y del héroe.

Sócrates no escribió nada; sus discípulos, *Jenofonte* y *Platón*, escribieron los principios fundamentales de las enseñanzas del *maestro*: el primero en sus «*Memorables*» y en su «*Apología*»; el segundo, en sus «*Diálogos*.» modelos en el fondo y en la forma de profundidad, belleza y perfección. En el siglo IV fundó *Platón* en los jardines de *Academo* la escuela filosófica, llamada *Aca-*

(1) Toda su defensa consistió en pedir una recompensa por sus servicios prestados á la patria, durante las guerras de Independencia; con esta arrogancia, no hizo más que enconar más el ánimo de sus inicuos jueces, á quienes echaba en cara su negra ingratitud.

demia por esa razón. Entre los discípulos de Platón se distinguió *Aristóteles*, que fundó otra escuela, la de los *peripatéticos* (paseantes) porque el maestro enseñaba paseando. Reunió en sus obras todo el saber de aquella época, y á pesar de ser su genio especulativo, *Aristóteles* es uno de los hombres que han impreso su huella más vigorosamente en la humanidad.

Pero la ciencia, tal como es comprendida actualmente, nació en *Alejandro*. Esta ciudad fué construída por orden del conquistador *Alejandro*: contenía mil bellezas; y bajo la excelente administración de los *Lagidas* [1], pronto llegó á convertirse en la capital científica del mundo. El *Museo* era un inmenso edificio de mármol, que llegó á ser una verdadera Universidad, con su biblioteca con más de 400,000 manuscritos, jardín botánico, observatorio astronómico, sala de disecciones anatómicas y laboratorio de Química. Allí vivían, protegidos por el rey, [como bibliotecarios y profesores], matemáticos, geógrafos, astrónomos y médicos, que cultivaron las ciencias y las hicieron progresar. Basta recordar los nombres de *Aristarco*, *Eratóstenes*, *Estrabón* y *Herófilo*.

En el reino de *Pérgamo*, procedente también del desmembramiento del Imperio de Alejandro, hubo una escuela semejante á la de *Alejandro*; y allí fué donde se empezaron á preparar las pieles (de *Pérgamo*-pergaminos), en que se conservaron todas las obras de la antigüedad. El *papiro*, que se usaba en *Egipto*, era demasiado deleznable para que hubiese podido durar.

(1) El fundador de esta dinastía fué Tolomeo Lago (Soter); le sucedieron Filadelfo y Evergetes, que aumentaron y mejoraron la ciudad, y la convirtieron en emporio comercial y centro científico del mundo. Luego declinó la dinastía, hasta que cayó el reino en poder de los romanos (31 a. de J.C.)

SECCION TERCERA. ROMA.

CAPITULO I.

PRIMEROS TIEMPOS DE ROMA.

I.—Leyendas.—Tiempos fabulosos.

SEGUN la tradición, el troyano *Eneas* escapado de *Ilíon*, buscó refugio en la tierra prometida por los dioses á su posteridad. Esta tierra era el *Latio* (Lacio), á orillas del *Tíber*, y que ocupaban los *latinos*. Después de mil vicisitudes, el héroe troyano fundó la ciudad de *Albalonga*. *Numitor*, décimo tercero sucesor de *Ascanio*, fué derrocado por su hermano *Amulio*: la hija del rey legítimo (*Numitor*), había tenido dos hijos: *Rómulo* y *Remo*, á quienes *Amulio*, para alejar el peligro de la sucesión legítima, condenó á muerte, para lo cual dispuso que los dejaran abandonados á orillas del *Tíber*. La orden fué cumplida exactamente; pero un pastor, (*Fáustulo*), vió á los dos niños alimentados por una loba. Admirado de tal prodigio, los recogió y los crió en su cabaña. Cuando crecieron, sabedores de su nobleza y origen real, *Rómulo* y *Remo* derrocaron al tirano *Amulio* y restablecieron en el trono de *Alba* á su abuelo *Numitor*.

Los dos hermanos quisieron en seguida reinar solos, y abrieron en una colina, cerca del *Tíber*, un surco de forma cuadrada, conforme al rito de los *etruscos*, y *Rómulo* pronuncia terribles juramentos contra el que se atreva á saltarlo; pero *Remo* quiere burlarse de estos